

debe ser tenida en cuenta. Constituyen una clase eminentemente conservadora. Su desprecio hacia los intelectuales y los estudiantes es, por otra parte, manifiesta. En la carta abierta en que explicaban su manifestación en favor de la política de intervención en Indochina —150.000 manifestantes en Nueva York, el 20 de mayo: la manifestación más numerosa desde hacía muchos años— decían que es-

zar las capacidades económicas y militares del mundo libre para resistir a la agresión comunista tanto en el plano militar como en el de la propaganda». Esta política no ha cesado de mantenerse. El artículo 8, sección VII, de la constitución de la central sindical, dice que el consejo ejecutivo puede suspender una federación que haya sido reconocida culpable de «sufrir una influencia comunista».



taba: inspirados por el deseo de demostrar «que el amor al país y el amor y el respeto por la bandera no están tan anticuados como quieren hacer creer los "sábelotodo"».

El término despectivo de «sábelotodo» es explícito. Por otra parte, los sindicatos obreros fueron configurados desde la postguerra como un arma anticomunista. Dentro de los movimientos sindicales, los comunistas se opusieron al Plan Marshall y fueron excluidos de las centrales sindicales en una depuración que duró varios años. En 1956, Arthur Goldberg —que después sería embajador de los Estados Unidos en la ONU— escribió un libro acerca del sindicalismo americano, titulado «Labor United», donde describía las líneas principales de la política de las dos grandes centrales laborales americanas, la AFL y la CIO, con estas palabras: «Contener la penetración comunista entre las naciones libres; eliminar el dominio comunista donde exista; mantener la fuerza armada americana a un nivel en relación con una evaluación concreta de las potencialidades comunistas de agresión; refor-

La política de coexistencia pacífica, o de apertura al Este, que fue iniciada por Johnson, ha sido criticada por los sindicatos en una moción en la que preguntaban: «¿Por qué permitir que los jefes comunistas se aprovechen de nuestra competencia técnica ayudándonos de ese modo a forjar nuevas cadenas?». En cuanto a George Meany, presidente confederal de la CIO, se explica así: «Hablando francamente, nosotros, los sindicalistas americanos, amamos el sistema capitalista. Pretendemos, desde luego, continuar nuestros esfuerzos para mejorar el nivel de vida de los trabajadores, mejorando el sistema en sí mismo. Pero no aceptamos abandonarlo por quimeras o por algunas fantasías ideológicas inventadas por aquellos que no comprenden las necesidades y las aspiraciones reales de los trabajadores». El dirigente sindicalista Walter Reuther intentaba atraer a la central —en contra de Meany— a la juventud estudiantil, los universitarios y los obreros. Pero Reuther ha muerto en accidente de aviación a principios de mayo.

## El padre Arrupe, en España LA COMPAÑÍA Y EL MUNDO DE HOY

La figura ascética, vivaz y, sin embargo, serena del padre Arrupe la hemos tenido con nosotros estos días. Hombre fundamentalmente comprensivo y abierto a las diferentes mentalidades de los hombres y de los creyentes, por causa de sus

múltiples contactos con las gentes más diversas en los países de misión, donde vivió antes de ser general de la Compañía de Jesús. Y después de nombrado general no ha cejado en este afán viajero, mostrándose un gobernante itinerante que

le preocupa más el contacto personal que el trámite burocrático.

En su importante Carta a toda la Compañía, fechada el 27 de septiembre de 1969, nos da la clave tanto de su actitud como de las declaraciones que ha hecho a la prensa española y extranjera. De ella hay que servirse para entender las diversas actuaciones del padre Arrupe. Ha estudiado la extensa documentación aportada por todos los países, y resumida en el famoso «Survey», donde la propia Compañía expresa su situación ante el mundo actual y sus posibles planes futuros de acción. Pero en vez de hacer un documento extenso y minucioso, reflejando esta información y estas inquietudes, eligió otro camino, como ha hecho ahora en España: fomentar las entrevistas personales con dirigentes y dirigidos de la Compañía de Jesús, y establecer una dialéctica personal con ellos, más vital y práctica que abstracta y académica. Ha aplicado a su gobierno —en España y fuera de ella— el principio de subsidiaridad. Parte siempre de abajo y no de arriba, y está dispuesto al diálogo abierto y franco, intentando, más que una discusión, la responsabilización de todos en los asuntos que afectan a cada uno. Según él, no se trata de hablar y más hablar, manejando los temas que nos preocupan con morbosa insistencia, sino de trabajar, de ensayar y experi-

ha aludido a la susceptibilidad política encontrada por él en algunos ambientes. Sus mismas actitudes —que él considera normales e independientes— han sido muy diversamente juzgadas por unos y por otros, dándoles un tinte que él cree que no tienen.

Piensa también que el jesuita debe dedicarse «a la búsqueda de nuevas formas de vida y de apostolado...» y no se puede cortar la cizaña —si la hubiere— cortando al mismo tiempo el trigo. Los renovadores quieren, con todo derecho, «una espiritualidad profundamente evangélica, fuerte, abierta, exigente...» en una forma de vida y actividad modernas.

Sin duda no es ya tiempo de grandes obras e instituciones eclesiales, sino de «una apertura hacia fuera, positiva y necesaria, que dará origen a veces a una disminución de estructuras e instituciones, y a una mayor elasticidad en nuestra vida y en nuestra actividad».

Existe, según él, una desviación poco espectacular entre los jesuitas, pero muy nociva, la de «exagerar las actitudes y elementos ya sobrepasados y obsoletos, o de carácter monástico, que nos separan indebidamente del mundo actual». Por eso no ha consentido —como algunos conservadores querían— la división en dos de la Compañía de Jesús: la de los antiguos y tradicionales, que, aunque muy pocos, son



El padre Arrupe visita en Murcia la Escuela de Formación Profesional San Jerónimo.

mentar con criterio realista. Eso es lo que, según las noticias recogidas, ha recordado a los jesuitas españoles con motivo de su visita a nuestro país. Opina que, en algunos casos, hay una inflación de palabras a nivel privado y que esto va en demérito de una mayor acción, eficaz y concreta, en el mundo católico nuestro, aunque esta acción tenga que ser, en ocasiones, modesta.

En sus declaraciones, públicas y privadas, de una manera o de otra,

insistentes, y la de los modernos y actuales, que quieren adaptar y renovar la Compañía ampliamente.

En todos los países donde ha estado —eso le ha pasado también en Polonia y Checoslovaquia— ha visitado a las autoridades del país, como también ha hecho en el nuestro. Pero su finalidad ha sido bien concreta: tomar contacto y dialogar con los jesuitas españoles. Y éstos lo han hecho con una franqueza y sinceridad más amplias de lo que probablemente esperaba el padre

Arrupe, como insinuó en su homilía del día 18 de mayo. Por eso no han sido extraños los tres gestos semi-contestatarios, ante su propio general, de los jesuitas obreros de Barcelona, que no quisieron entrevistarse con él y se limitaron a entregarle una carta severa y tajante. O los de Valencia, que se negaron a ir a verle y, por eso, el padre Arrupe se presentó en el lugar donde vivían, para charlar tranquilamente con estos ejemplares sacerdotes inmersos en el mundo obrero. O el gesto de ruda pero valiente franqueza del Movimiento Apostólico Obrero llamado «Vanguardias Obreras», promovido desde hace años por los jesuitas con fuerte impacto en ese mundo. Estos apóstoles seculares obreros no quisieron estar presentes el día que se reunió el padre Arrupe con todos los dirigentes de los Movimientos de apostolado secolar fomentados por la Compañía.

Pero él también ha sido sincero y ha expresado en alguna de sus conversaciones que le parecía que, en algunos de sus contactos de estos días, encontraba una tendencia excesiva a estar demasiado encerra-

dos en nuestros propios y particulares problemas, cuando la actitud más adecuada debía ser una amplia y eficaz apertura a los diversos y complejos problemas humanos del mundo presente y, sobre todo, del Tercer Mundo, porque no sólo debemos estar atentos al estrecho límite de nuestras cuatro paredes.

La falta de vocaciones ha dicho que es un fenómeno de la Compañía sólo en los países occidentales; pero no en Asia, ni tras el telón de acero. Y entre las causas, sin duda, puede estar también «la responsabilidad de los formadores, superiores o comunidades», por «la languidez que puede darse en alguno de nuestros ministerios, carentes aún de la necesaria reorganización y aggiornamientos». Pero no hay que olvidar que entre los motivos reales de esta disminución de vocaciones, y de las numerosas salidas de la Compañía, está el mayor conocimiento de los valores nuevos que el mundo aporta al hombre y al creyente; y por eso, muchos se hacen la pregunta: «¿Para qué estoy en la Compañía?; lo que hago actualmente lo podía hacer mejor como secolar».

■ E. MIRET MAGDALENA.

## Ideas y comportamientos REVOLUCION Y CONTRADICCION

Dentro de la terminología más utilizada en nuestros días —no hay más que leer la historia de la desaparición del SDS, publicada recientemente en TRIUNFO— se encuentra, sin duda, la palabra «contradicción». Es casi un lugar común asegurar que vivimos en «permanentes contradicciones». La razón esboza una serie de peticiones, aventura los caminos de una coherencia que luego, en la praxis, son desmentidos, tanto por el comportamiento social como por la misma actuación del individuo en cuestión, sometido a las relaciones generales de la comunidad. De esta idea de vivir en «permanentes contradicciones» surgen una serie de posiciones, que van desde la voluntad revolucionaria de transformar la realidad para evitarlas, hasta la conciencia fatalista de que el hombre es así y nada podrá impedir la contradicción entre su ética y su naturaleza. El problema, desgraciadamente, va mucho más allá de esta elección, sobre todo si el hombre acepta la primera opción y no renuncia al análisis de su praxis cotidiana y de los nuevos datos proporcionados por las sociedades en las que, al menos según la opinión general, la revolución «está hecha». El tema, por ejemplo, de la libertad de expresión, campo de batalla de tantas épocas prerrevolucionarias, apa-

rece sin resolver en muchas comunidades que llevaron la revolución a su término. Determinadas actitudes de intolerancia, de inquisitorialismo, que uno ligaba a los intereses reaccionarios, aparecen, con el consiguiente desconcierto, en hombres o sectores que predicaban lo contrario. Lo que quiere decir, en definitiva, que el hecho de optar por la solución revolucionaria de las contradicciones no significa que éstas desaparezcan. ¿Cómo no recordar, por ejemplo, la imagen de un Trotsky y de los amañados procesos stalinistas contra todos los viejos combatientes que se oponían a las nuevas directrices del Estado soviético? Claro que Trotsky, por seguir con el ejemplo, no sacaba de ahí la conclusión de que el hombre era fatalmente una calamidad, sino que la acción revolucionaria había sido mal conducida.

Es muy interesante, a estos efectos, la evolución sufrida por una serie de artistas comprometidos. Durante años, el «compromiso» se expresaba, casi únicamente, a través del análisis y la crítica de las estructuras socioeconómicas, considerándose «dudoso» cuanto escapase a esa delimitación. Hoy, la afluencia casi torrencial de un arte irracionalista viene a probar la necesidad de considerar una serie de factores largo tiempo desoídos. Sabemos de

## Crónicas de la Era Lunar

## LA TERCERA ESPAÑA

Por PABLO DE LA HIGUERA

*Al bajar por Francia hacia la frontera me chocó la flecha indicadora a la salida de Biarritz: "España". La verdad es que venía un poco obsesionado con lo que había leído últimamente en los periódicos, y creí que me iba a encontrar con un cartel que explicara en seguida: "Dos Españas". Después de tanto jaleo sobre este asunto, el hecho de que los franceses no hubieran cambiado todavía el cartel me escamó un poco. A ver si resultaba que todo era una broma...*

*Aborto en tan confusos pensamientos, crucé Irún y enfilé la carretera de Pamplona. ¡Ah, los hondos, los entrañables paisajes! En fin, la revelación la tuve por la noche, un sábado por la noche, en Logroño: ¡Qué va a haber dos Españas! ¡Hay tres! Hay las dos que se barajan en los cenducos de Madrid y hay una tercera, bien real y, a lo que se ve, bastante masiva: la España de los bares y las cafeterías rebosantes, la España del vivalavirgen y de ahí me las den todas, la España del boleto de catorce que no acaba de caer, la España ruidosamente felizota y bien empapada de alcohol y de tapas, esta tercera España a la que le importan un soberanísimo pito las otras dos que se cuecen en las marmitas a presión de la Villa y Corte y sus cocinas-sucursales en el extranjero. Señores, ahí es nada cruzar las noches silenciosas de las ciudades de Francia y caer bruscamente en la calle del Laurel, un sábado por la noche, en Logroño. Hasta el nombre me recordaba la de los Olmos, de La Coruña. La diferencia está en el caldo: en vez de ribeiro, rioja. Pero como en la otra, o como en la de cualquier otra ciudad española, allí estaba, como un solo vividor, la tercera España. La de la sociedad de consumo... ¡y qué consumo! No había más que sumergirse en ella, a tumba abierta, y cumplir religiosamente el itinerario tabernil.*

*Eché un vistazo a TRIUNFO, que comprara un poco antes en un quiosco. Mi crónica me pareció extrañamente irreal, como el resto de la revista. La tiré al séptimo tinto. Un periódico local decía no sé qué del Japón y la Conferencia de Yakarta. ¿Qué Japón? ¿Qué conferencia de Yakarta? Areilza... ¿Pero qué dice Areilza? Hoy es fiesta en Logroño, es decir, hoy es un día normal en Logroño, la calle del Laurel rebosa de tercera España que es un primor. ¡Otra brocheta y llena otra vez, niño! ¡A otros con la europeización!*

*Por supuesto, no estuve en condiciones de escribir el artículo hasta dos días después, en Guadalajara. Antes pasé por Calatayud y, naturalmente, pregunté por la Dolores. Me dijeron que era una tienda de bizcochos. Menos mal. Porque me temí que me mandarían al Dolores Club. Que sería, al fin, y al cabo, la de la copla, la de la nueva copla de la tercera España: la del club y la cafetería, conviviendo en perfecto contraste de pareceres vitícolas y whiskícolas con la tasca del Laurel y de los Olmos.*

*Por cierto, se me ocurre pensar que tal vez esta tercera España intenten apropiársela las otras dos. ¿Qué será? ¿La oposición alegre y conftada o la mayoría silenciosa? Más bien da la impresión de estar a lo que se tercié, en situación de maravillosa disponibilidad. Desde luego, si es la mayoría silenciosa, debe de ser una mayoría silenciosa a la española, porque hay que ver el ruido que hace...*

*En Guadalajara, pues, a golpe de lunes, en la cafetería de turno, llena hasta las tejas. Un vistazo al periódico: "América se parte", anuncia dramáticamente "Pueblo", a toda plana. Y la tercera España, en un tintineo de vasos sabedores: Pues muy bien; que la parta un rayo.*